

**A PROPOSITO DEL 9º CONGRESO INTERNACIONAL
DE LA ASOCIACION INTERNACIONAL DE ESTUDIOS
MEDICO-PSICOLOGICOS Y RELIGIOSOS (A.I.E.M.P.R.) ***

por S. M. RODRIGUEZ AMENABAR (Buenos Aires)

Entre el 27 de agosto y el 1º de setiembre de 1981, se llevó a cabo en las instalaciones de la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica), el 9º Congreso Internacional de la "Asociación Internacional de Estudios Médico-psicológicos y Religiosos" (AIEMPR), que en la ocasión versó sobre el tema: "Nuestra relación con la institución religiosa, ni con ella, ni sin ella...". Alrededor de 200 especialistas (teólogos, pastoralistas, sociólogos, psiquiatras, psicólogos, dirigentes laicos) se distribuyeron en mesas de trabajo y se reunieron en sesiones conjuntas para debatir acerca de la institución religiosa desde el punto de vista de la sociología, la psicología y el psicoanálisis.

Desde el primer momento en todas las mesas de trabajo se notó la tendencia a encaminarse por líneas bien definidas. Por una parte, una cierta voluntad general de no remitirse a un tratamiento intelectualizado sino de plantear las cosas a partir de realidades concretas y vivientes. Por otra, una doble actitud sectorial perfilada sobre dos orientaciones básicas, enfrentadas en la discusión, pero dentro de un clima de suma cordialidad que facilitó y enriqueció un diálogo ya de por sí pleno de sugerencias. La primera de ellas sostenía una casi invariable tesis de contestación ante la Jerarquía, como si la institución religiosa se acabara en el Magisterio y fuera algo exterior al resto de la comunidad eclesial. Así, mientras unos planteaban sus cuestionamientos sobre el poder fuerte y centralizador de la Jerarquía, y presentaban a ésta como cercenando la libertad de investigación teológica, la creatividad personal y la necesidad de crecer, los otros afirmaban que la imagen de inmovilidad del Magisterio era un producto cultural y que la obediencia eclesial a la Jerarquía reclamaba un equilibrio difícil de negociar, por cuanto no consistía en una sumisión infantil ni en una autarquía individualista o grupalista, sino en una participación creadora en el bien de la comunidad vivida desde adentro y sentido desde la propia pertenencia.

Las consideraciones siguientes constituyen un intento de sintetizar el espíritu y las conclusiones del Congreso.

La existencia misma de la institución religiosa supone una tensión inevitable entre ella y el cristiano, ya sea laico, sacerdote o miembro de la Jerarquía, tensión que no es necesariamente conflictual sino

* El próximo Congreso de la A.I.E.M.P.R. tendrá lugar en la ciudad de Barcelona (España) en 1984. Como dato destacable merece además recordarse que por primera vez en la historia de la Asociación han sido incorporados dos profesionales argentinos como miembros de la misma.

que llega a serlo en razón de lo que uno “pone” como expectativa en los demás miembros de tal institución. Existe el riesgo aquí de atrincherarse, en un intento de protegerse de la realidad que viven las personas y de la carga de culpa que surge cuando se establece un hiato entre conciencia cristiana y compromiso con la institución. Cualquier miembro de la comunidad eclesial puede establecer un sistema de defensa contra su propia vulnerabilidad y erigirse en garante de la verdad, de la moral y de la tradición, poniéndose así a resguardo de la autointerpelación sobre la realidad de su vida de cristiano. Y esto puede darse no sólo a nivel individual sino también a nivel de grupos institucionalizados o no dentro de la institución mayor, llámese jerarquía, asociaciones de laicos, orientaciones teológicas, etc.

Dentro de este contexto incuba una suerte de “perversión” —en el sentido etimológico de la palabra— que consiste en una mal disimulada tendencia a querer transmitir una ortodoxia, sea reglamentarista o contestataria según quién la sostenga, relegando la labor de promover una experiencia de Fe vivida para privilegiar una Fe subjetiva en detrimento del Misterio objetivo, lo cual no deja de ser una manera de descartar la culpa moral. Falta entonces la necesaria serenidad para emprender la autocrítica y sólo queda el recurso de criticar a un “otro”.

La ubicación ante la institución se convierte así en ubicación ante la convivencia con las personas concretas que la integran. Y si la institución religiosa tiene una función de “vida”, lo cual constituye su dimensión fundamental, la pregunta que surge de inmediato podría formularse de la siguiente manera: ¿cómo situarse equilibradamente entre la autonomía personal y el orden instituido, para que ni uno ni otro sufra deterioro? Se trata sin duda de un logro difícil, presionado por múltiples circunstancias históricas e individuales, pasajeras y permanentes, lógicas y afectivas. Es una dinámica constantemente sometida a la necesidad de reajuste y que depende de todos sus participantes, mucho más que de la sola autoridad. Esta dialéctica excluye la posibilidad de identificar unívocamente a la institución con el Magisterio, haciendo de ambos una realidad exterior que aparecería como malversada por la Jerarquía y que debiera ser defendida “desde afuera”.

Nos encontramos pues con una doble necesidad: situarse personalmente *dentro* de la institución con una profunda actitud de compromiso y contribuir a su dinámica haciéndola evolucionar sin la presión angustiante de un perfeccionismo reductor de energías, que muchas veces funciona a espaldas de una confrontación adulta con la realidad. Pero esto crea determinadas exigencias.

En primer lugar, la superación de la dependencia infantil que esconde el deseo de ser aprobado y no deja lugar para la fidelidad a la propia iniciativa creadora. Pero aquí mismo aparece la segunda exigencia: no confundir ruptura de la dependencia infantil con esa tendencia tan típica en ciertos medios católicos, que les hace creer que el conflicto institucional o de ellos con la institución tiene su punto de partida en la presencia del ya mencionado poder fuerte y centralizador. Porque de ese modo se cae en la rebeldía, que para

una persona cronológicamente adulta es una situación de quiebra, psicológicamente tan conflictiva como mantener la dependencia. Y en última instancia, el rebelde está tan condicionado por su vínculo con la institución, como lo está el sometido, en razón de que el vínculo mismo ha sido convertido en depositario de conflictos no resueltos.

Sin embargo no todo se resuelve con la apelación a la madurez personal. Esta tiene que jugarse dentro de un contexto más amplio. Porque la institución tiene derecho a una contestación *constructiva* por parte de *todos* sus miembros, para no esclerosarse en sus modos concretos de acción evangelizadora. Si la tradición no es sólo un pasado fijo y cerrado sino un pasado con características y potencia germinales, el mensaje de las experiencias vividas por las comunidades cristianas que nos precedieron adquiere una misteriosa presencia de actualidad. La obediencia cristiana pues, está en las antípodas de un “sí” mecanizado por la falta de opción personal: por el contrario ella consiste en el gesto de decir “sí” a la Iglesia en cuanto *prolongación vital de Cristo*. La Palabra Revelada sólo puede ser hallada en una comunidad viviente y movable, jamás estática, en un constante ir de lo repetitivo a lo creador.

La necesidad de un análisis crítico debe comenzar entonces por uno mismo, a fin de que su extensión a la institución no encubra la necesidad de proyectar hacia un supuesto afuera aquello que dentro de sí se torna insoportable. La institución Iglesia, a pesar de su naturaleza específica, no escapa a las leyes humanas de organización de las sociedades y de ejercicio del poder, con la consiguiente repercusión en la totalidad del cuerpo. Por consiguiente ella obtiene un rédito nada despreciable a partir de una crítica sana y suficientemente objetiva. Pero el problema que aquí se plantea es el de quién se encargará de eso, dado que todos somos juez y parte. El error estaría en creerse solamente juez y exigirse como tal.

Las modalidades concretas de la institución Iglesia, es también cosa de hombres. Considerarlas como intangibles es teológicamente inexacto, por no decir cristianamente equivocado. Sin embargo, todo intento de cambio basado en el socavamiento de la estructura jerárquica o en situarse mentalmente afuera de la institución, constituye el otro extremo del error. El único “progreso” —*sit venia verbi*— verdaderamente adulto a nivel de individuo y de cuerpo total, tiene que darse a través de una actitud tendida sobre la perspectiva de la Fe. Sin ello, tanto la pseudo-sacralización de lo que no es sagrado, como la des-sacralización de lo sagrado, importan un conflicto difícil terapia. Y la tensión inevitable, y aun deseable, entre el cristiano y las coordenadas concretas en que se mueve la institución como “hecho” dado en el tiempo y el espacio, puede llegar así a oscurecer la *dependencia vivificante* para con el Padre.